



## En el Papaloapan.

**G**RA en la época de mi niñez, cuando el río nos atrae como un abismo y nos divierte como un juguete. El Papaloapan hinchaba sus aguas oscuras y corría en agitada marcha carcomiendo la tierra fofa de los altos barrancos; inundando con furia las márgenes, hasta sepultar en sus ondas inquietas las puntiagudas y verdiseas barbas de los zacatales; ahogando los rastrojos salvados de la quema, y lamiento las copas de los arbustos, que, á flote en el inmenso aluvi6n, parecían cabezas enmarañadas de titanes que se zambullen cegados por la luz candente de un sol de estío.

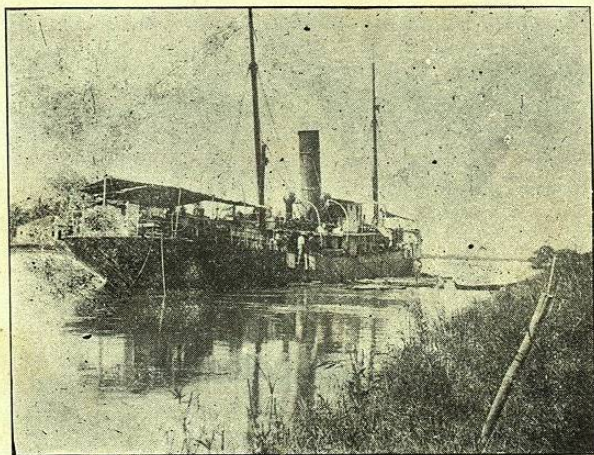
Sobre del abultado dorso vienen impelidas por la velocidad de la corriente múltiples isletas lozanas de verdura, en las cuales anidan las culebras y toman pasaje los pájaros que, trémulos á cada vaivén de las olas, despliegan

CAPITULO V. Papaloapan

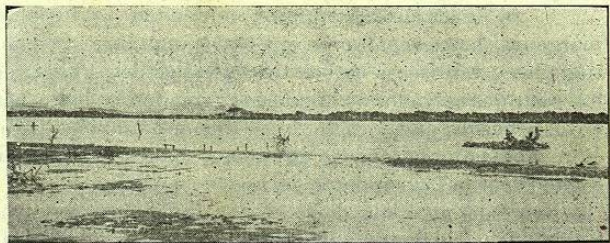


## PERFILES DEL TERRUÑO

las alas y cantan en algarabía como contentos de no volar; las *fluviátiles* abren sus corolas y llevan en su cáliz crustáceos en cria, ó insectos que han huido del escondrijo her-



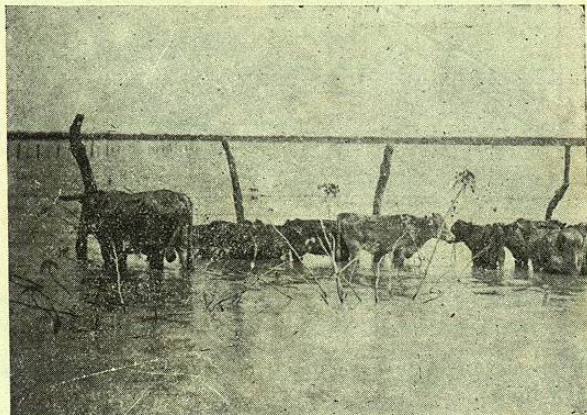
báceo por la invasión de las aguas; después siguen los árboles vetustos, arrancados de cuajo, flotando á lo largo, con las recias raíces y las escuetas ramas fuera del agua, se-



mejando en su carrera náufragos de la vegetación que el vórtice del mar iracundo tragará en sus furias.

## EN EL PAPALOAPAN

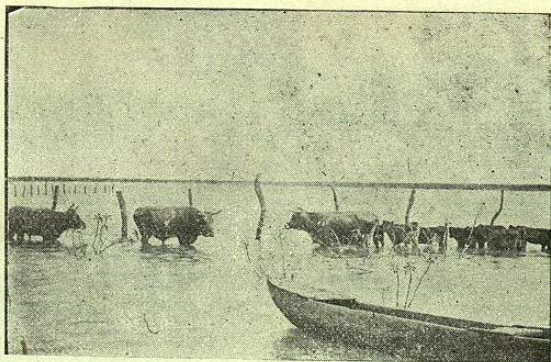
Y allá en el potrero de la orilla, y en el patio del *ranchito*, nadan las materias ligeras y se hunden las pesadas: el río ha subido en ascensión de asalto los barrancos; ha ocul-



tado los postes y los alambres de la cerca del corral; ha escalado las paredes de la *casa grande*; ha hecho volar en torpe vuelo á las gallinas y al gallo buscando acurrucarse en lo alto del tejado; ha arrancado los hierbajos y podrido las raíces; ha derribado los maizales de la milpa que llevaban con sus penachos de estigmas el lechoso grano alimenticio del dorado fruto; sólo los platanares se yerguen hundiendo sus tallos en la corriente y remojando, á cada sople del teral, las mazorcas de sus recimos en la superficie acuosa, sin reflejos ni mirajes por lo revuelto de las ondas; el ganado pasa á vado el barbecho y se trepa mugiendo melancólico á la cima del cerro cubierto de verde alfombra cortada á rape. Las provisiones de boca se suben al tapanco, y los muchachos de numerosa prole, juntamente con el gato—que huye del líquido elemento como del agua hirvien-

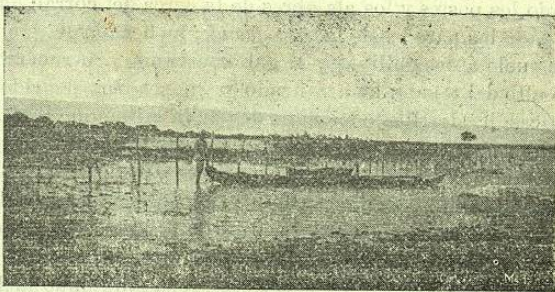


do— se encaraman sobre las mesas y sobre las camas; para ir á la cocina— que queda afuera— los habitantes del ran-



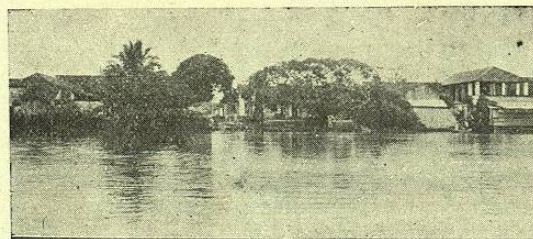
cho se sirven de un *bongo* que parece de corcho por lo frágil y ligero.

La hinchada y creciente avenida lo va invadiendo to-



do; la navegación es el único medio de transporte de uno á otro solar; las personas y las cosas absorben agua por todos los poros al modo insaciable de las esponjas; el río muy

crecido en volumen créese un océano entre las sumergidas y opuestas riberas; el monte apenas dibuja una línea azul, brumosa por la distancia.



Un olor de frescura se eleva del río; el ruido del chapaleo de los muchachos que retozan en el agua; las alas que se humedecen en la superficie ondulante; el susurro de las *yaguas* y los cañaverales, movidos por el viento; el eco lejano de los remos que se sumergen acompasados; todo aquel alborozo de la naturaleza bañándose en un diluvio alegre y continuo, llega con su poesía á mi recuerdo.

Tal parece verme dentro de la veloz piragua, flojos los toletes y ociosos los remos, dejándome arrastrar por la impetuosidad de la corriente; con el grito del entusiasmo en la boca, con el palmotear jubiloso y el saludo de regocijo infantil para aquel derrumbe de los barrancos, para aquellos árboles náufragos, para aquella vegetación flotante, para aquellas garzas immaculadas en el fondo oscuro del verdor de las isletas que navegan; á horcajadas en el talamete de proa, hundiendo los pies descalzos en el agua rizada de espumas para chapotearla ruidosamente, en tanto las gallinas cacarean en los tejados, y el gallo, violácea la cresta, estirado, desde la altura del hastial, canta lánguido como recordando con tristeza la pitanza del mediodía y los amores del gallinero.